

# LA CALIDAD DE LA DEMOCRACIA DE AMÉRICA LATINA.

## Paradojas y perplejidades de un europeo

**Joaquín Estefanía\***

Los europeos, y especialmente los españoles entre ellos, llevan más de tres décadas cultivando el prestigio intelectual del pesimismo (concepto desarrollado por el economista José Juan Ruiz) respecto a América Latina (AL). Ello ha sido debido, fundamentalmente, al distinto resultado que han dado durante este tiempo las políticas de integración y el aumento de la capacidad de bienestar de los ciudadanos europeos y latinoamericanos. Lo acontecido en los años de la Gran Recesión y las diferentes salidas que se ha dado a ésta a una y otra parte del océano han cambiado un poco los términos del intercambio intelectual. Hay, además, dos hechos que subrayan esta variación: el primero, muy tangible, que muchas empresas multinacionales de matriz europea (sobre todo las españolas) están salvando en estos años sus cuentas agregadas por los resultados obtenidos en los países latinoamericanos; el segundo, más etéreo, que debido a sus profundos problemas económicos, Europa se ha ensimismado y mira hacia dentro con más intensidad que en ningún otro momento después de las guerras mundiales.

Después de un primer momento a raíz del inicio de la actual crisis económica con el estallido de las hipotecas *subprime* y de las primeras reuniones del G-20 en Washington y Londres, en las que el mundo buscó una especie de *sentido común* económico de la época (medidas de apoyo al sector financiero, planes de estímulo a las desfallecientes economías nacionales o regionales con un mayor equilibrio entre el Estado y el mercado,...), cada zona geopolítica del planeta ha tenido un desempeño diferente en su política económica, bajo el paraguas de un debate que se podría interpretar genéricamente del siguiente modo: ajustar para crecer o crecer para ajustar.

En este contexto se han extendido algunas diferencias en la forma de entender las salidas a las dificultades económicas entre Europa y América Latina, que se comentarán a continuación en forma de paradojas. Todas ellas requerirían de mayores matizaciones de las que aquí se expresan, pero sirven como ideas-fuerza:

-1) **Consenso de Washington.**- Más de dos décadas después, Europa está aplicando con extremada ortodoxia los principios fundamentales del Consenso de Washington. El principal de ellos es la obtención de la estabilidad presupuestaria, con la lucha prioritaria y muy rigurosa contra el déficit público a costa de lo que sea, incluso del crecimiento económico. Por ello, la zona, a excepción de Alemania, va rezagada en el proceso de recuperación respecto a otras partes del mundo (entre ellas, AL). Mientras tanto, hace tiempo que los países latinoamericanos extrajeron lo que de bueno había en tal consenso, arrojaron el fundamentalismo a la basura y extendieron su política económica hacia las reformas de segunda generación y aspectos tales como el crecimiento económico, la equidad, un mayor equilibrio entre Estado y mercado, las necesidades regulatorias, evitar que la competitividad se nivele en el listón más bajo en temas tales como la degradación del medio ambiente, el *dumping* social, los flujos migratorios, etcétera. Muchos países de la región están inmersos en políticas heterodoxas y semiestatalistas, con aumentos de la liquidez, de los gastos en infraestructuras, reducción del superávit primario, políticas sociales, etcétera. Los heterodoxos han devenido en ortodoxos y viceversa.

-2) **Sistemas financieros.** Europa se halla inmersa en una fuerte crisis de endeudamiento: deuda soberana, deuda privada, deuda exterior y deuda interna. Y en parte como consecuencia de ello, con dificultades muy importantes en su sistema financiero, una buena porción del mismo nacionalizado al menos coyunturalmente, y otra parte asistido con muletas proporcionadas por el Banco Central europeo, con garantías de los Estados, con compra de sus activos, etcétera. América Latina, a diferencia de otras crisis recurrentes, ha conservado

un sistema financiero básicamente sano. Durante la Gran Recesión ningún banco de la región ha necesitado de ayudas administrativas.

Los países europeos que han necesitado las ayudas del plan de rescate (hasta ahora, Grecia, Irlanda o Portugal) y que debaten sobre la posibilidad de cumplirlos y de concluir la estabilidad fiscal para los años 2013 o 2014, semejan genéricamente a los países latinoamericanos aquejados de la crisis de la deuda externa en la década de los ochenta. La discusión sobre la reestructuración de la deuda o las posibilidades de una quita a la misma recuerdan aquel *Plan Baker* de 1985 que promovió, sin éxito, el logro de una recuperación de las economías deudoras que les permitiera restablecer su capacidad de pago, que favorecía el escalonamiento de la deuda, y que concedía roles a todos los actores implicados bajo la mirada atenta del FMI; o al *Plan Brady*, de 1989, en el que se abandonó el reescalonamiento de la deuda y se sustituyó por una reducción de la misma mediante mecanismos concertados en el mercado de capitales con reducción de tipos y la adquisición por parte de los países de bonos del Tesoro de EEUU, que servirían de garantía para los bancos acreedores.

-3) **Paro y empleo.**- El verdadero problema diferencial europeo (no digamos el español) en la Gran Recesión es la gigantesca destrucción de empleo. De los 32 millones de puestos de trabajo desaparecidos desde el verano de 2007 (datos de la Organización Internacional del Trabajo), 22, 8 millones corresponden a Europa. En las previsiones de primavera de la UE, publicadas recientemente -que indican un avance en el crecimiento medio de la zona (aunque con un perfil muy desigual, y dos equipos de países compitiendo en diferente división)- se reconoce que “el pronóstico sigue siendo que la recuperación no repercutirá demasiado en el empleo”, que se reducirá tan sólo medio punto en dos años: del 10,1% al 9,7% en el año 2012. Con una peculiaridad: en esta crisis el paro está afectando más que en ninguna otra y con gran rapidez a los sustentadores principales de los hogares, con lo que ello

supone de aumento de la pobreza y de la desigualdad. Por primera vez en varias décadas, el aumento de la desigualdad en la renta y la riqueza no sucede porque los ricos sean más ricos, sino porque los pobres están viendo reducirse su bienestar.

Como consecuencia de políticas macroeconómicas más sólidas que en el pasado y de programas sociales de mayor magnitud y calidad, el efecto negativo de la crisis en AL ha sido menor de lo que cabría haber esperado a partir de la experiencia, aunque ha revertido –no podía ser de otro modo- los cinco años de mejora anteriores. No puede decirse que el aumento del desempleo sea el diferencial que ha sufrido AL en estos años. En contraposición con Europa no puede decirse que el crecimiento económico haya sido poco generador de empleo en la región. En el lustro anterior a la crisis hubo un alza de la ocupación impulsada principalmente por el empleo asalariado, que suele estar asociado a puestos de trabajo formales, lo que usualmente significa una mejora en la protección social de los trabajadores. Esta mejora del mercado de trabajo, junto con el incremento de los ingresos salariales y no salariales (remesas de emigrantes y transferencias condicionadas) permitió una reducción en la pobreza y en la indigencia de la región. Ello no debe hacer olvidar una realidad preocupante: que la situación se revirtió en parte en 2009 y que las mejoras del quinquenio anterior no lograron dar la vuelta a una situación social bastante deplorable. Pero AL había vivido un círculo virtuoso en los cinco años previos a la Gran Recesión: más crecimiento, mejora en el empleo y fuerte reducción de la pobreza, impulsados no sólo por el aumento del empleo sino por el fuerte incremento del gasto social, un progreso en su calidad y una mejora en la distribución del ingreso.

-4) **Economía política de la crisis.**- Tanto Europa como AL fueron en esta ocasión receptoras de una crisis que les llegó de fuera y que tuvo su epicentro en el sistema financiero de EEUU. La respuesta política a las dificultades económicas está siendo diferente en uno y otro lugar. Si se pregunta a los

ciudadanos del Viejo Continente manda más, los gobiernos o los mercados, contestan mayoritariamente que estos últimos, pero luego castigan a los primeros, sean del signo que sean, en las urnas, atribuyéndoles una mala gestión de la crisis. Un cambio espectacular en los sondeos de opinión europeos es la emergencia de un nuevo poder fáctico, los mercados, a quienes se considera responsables últimos de las políticas económicas de ajuste; los ciudadanos europeos manifiestan su temor a que sus representantes políticos, aquellos a quien eligen para que arreglen en parte sus problemas, no puedan hacerlo porque las decisiones políticas importantes se toman en sitios cada vez más alejados de los lugares en los que se vota. El resultado de este cambio es la emergencia de populismos (incluso en los países nórdicos, los más avanzados) y de posiciones de extrema derecha que afectan a la calidad de la democracia. El tradicional consenso europeo entre socialdemócratas y democristianos está haciendo agua cada vez con más fuerza.

En relación a AL, por el contrario, la crisis económica no ha lesionado el apoyo popular a la democracia ni ha promovido la emergencia de regímenes políticos autoritarios: la satisfacción con la democracia aumentó aun cuando cayó el Producto Interior Bruto per cápita. Según explica José Luis Machinea cuando estudia estas situaciones (*La crisis económica en América Latina. Alcances e impactos*. Fundación Carolina, 2011), la mayoría de los países de la región convergió en ofrecer menús de respuesta a la crisis compuestos por políticas económicas “semiheterodoxas a semiestatistas, y políticas sociales entre tecnocráticas y semidistributivas [lo que contribuye a explicar algunas de las anteriores paradojas]. La satisfacción de los ciudadanos con el régimen democrático creció en la mayoría de los países que implementaron estos menús de respuesta a la crisis, aunque no en todos (...) Cuando se combina la variable del menú de respuestas a la crisis con la variable realización de elecciones, se explica más del 50% de las variaciones positivas en el apoyo a la democracia y el 100% de las variaciones negativas”.

El profesor argentino se pregunta si el tipo de políticas implementadas en respuesta a las crisis económicas podría explicar el apoyo a la democracia en cualquier región y a propósito de otras crisis económicas, o si el tipo de políticas o del tipo de gobierno da cuenta de la supervivencia del régimen democrático en tiempos difíciles. En la Gran Recesión la sensibilidad europea y la latinoamericana ante las dificultades económicas y su gestión parecen haber sido diferentes, al menos en el grado.

Quizá la mejor forma de reflejar estas diferencias sea revisar el tono vital que desprende el Eurobarómetro y el Latinobarómetro. Mientras que en Europa los ciudadanos contestan mayoritariamente que sus hijos vivirán peor que ellos, en AL sucede lo contrario: es mayoritaria la esperanza de que los hijos de los que responden vivirán mejor que sus progenitores.

¿Ha cambiado de instancia el espíritu y el concepto de *década perdida*?

**Joaquín Estefanía** es periodista y economista. Fue director del diario EL PAÍS. En la actualidad dirige la Escuela de Periodismo de la Universidad Autónoma de Madrid/EL PAÍS y codirige la Cátedra de Estudios Iberoamericanos Jesús de Polanco.